



de España, adonde destacó dos cuerpos de ejército, uno de ellos, mandado por él mismo en persona, según San Isidoro. En ménos de tres años se hicieron los visigodos dueños y señores de toda España, si se exceptúa la pequeña parte que de antiguo habían dominado los suevos, y que les dejó Eurico como por merced en concepto de aliados; pero reducidos á las montañas, dejaron los suevos más de un siglo de figurar en la historia, como si hubieran desaparecido enteramente. Las adquisiciones de Eurico tenían ya el carácter de propias; ya no conquistaba para los romanos como sus antecesores, sino para sí mismo, y con él acabó de todo punto la dominación romana en la Península, siendo en rigor Eurico el primer rey godo independiente de España. Llegó con él el imperio visigodo al punto culminante de su extensión y engrandecimiento. Abarcaba de este lado de los Pirineos la España entera, excepto las montañas de Galicia, del otro lado toda la Galia desde el Ródano y el Loire hasta el Océano; todo el país desde el Duranzo, el mar y los Alpes Ligurios, era suyo. Fué la mayor monarquía que se fundó sobre las ruinas del imperio de Occidente.

Éste exhalaba entónces, por decirlo así, sus últimos alientos. La Italia estaba llena de razas bárbaras. Hacia de caudillo de las tropas romanas un tal Orestes, secretario que había sido de Atila; los soldados le ofrecieron el retazo de púrpura que aún quedaba; mas no queriéndola para sí, púsola sobre los hombros de un hijo que tenía, llamado Rómulo Augusto, á quien su padre solía nombrar con el diminutivo de *Augustulo*: con este nombre ha seguido designándole la posteridad.

Los bárbaros que estaban á sueldo del imperio, esciros, alanos, rugianos, hérulos y turingios, pidieron que se les entregara la tercera parte de las tierras de Italia. Resistiólo Orestes, y Odoacro, jefe de los hérulos, marchó contra él á la cabeza de los insurrectos peticionarios, hizole prisionero, y le quitó la vida. Encontró luego á Augustulo en Ravena, le despojó de la púrpura, y desdenándose de condenar á muerte al último emperador romano, se contentó con desterrarle, señalándole una pensión de seis

mil monedas de oro. El senado declaró que el Capitolio abdicaba el imperio del mundo. Odoacro fué proclamado rey de Italia en 23 de Agosto de 476. El imperio, que había comenzado con un Augusto, acabó con un Augustulo á los quinientos y siete años ménos algunos días, el mil doscientos veintinueve de la fundación de Roma. Llevaba el imperio ochenta y un años de agonía, desde la muerte del gran Teodosio. «Roma, observa oportunamente un escritor moderno (1), en un principio guarida de bandidos, después de doce siglos de nombradía y de poder, volvió al polvo de la nada, de donde había salido. Pero no todo ha concluido para Roma, la ciudad eterna. Si su poder temporal ha pasado, hallará una rica compensación en la autoridad espiritual de sus obispos. Roma será siempre la capital del mundo cristiano: *Capitolii, immobile saxum.*»

Cuando Odoacro, ejerciendo una sombra de autoridad, confirmaba á Eurico en el derecho á la posesión de todas sus conquistas de este lado de los Alpes, confirmación de que Eurico no necesitaba, Zenon, otro remedo de emperador en Oriente, daba una especie de investidura del imperio de Occidente á Teodorico, rey de los ostrogodos, que vino á destronar á Odoacro y hacerse proclamar rey de Italia. De este modo quedaron establecidas sobre las ruinas del imperio romano de Occidente dos grandes monarquías godas: la de los ostrogodos con Teodorico en Italia, y la de los visigodos con Eurico en las Galias y en España.

Faltábale á Eurico una sola gloria que añadir á la de conquistador y guerrero, la de legislador; y ésta la ganó, establecido ya pacíficamente en Arlés, mandando recopilar en un código escrito las costumbres que regían á los godos, para lo cual se valió de los trabajos y conocimientos de su primer ministro Leon, uno de los más sabios jurisconsultos de su tiempo. Así subsanó en parte el fratricidio, por cuyo medio había conquistado el poder real. Mas no fué esta sola la mancha que Eurico contrajo en su vida, tan gloriosa por otra parte. Eurico, arriano celoso, ejerció el rigor de la persecu-

(1) Le Bas, al final de su historia.



ción contra los obispos católicos, con especialidad los de las Galias, y encarceló y desterró á muchos prelados y sacerdotes (1). Murió Eurico tranquilamente en Arlés, en Setiembre de 484, á los 19 años de su reinado.

Desde este punto, la cumbre del poder de los godos, le veremos comenzar á descender para irse circunscribiendo al lote que en la repartición del antiguo mundo le estaba designado. Faltóle á Alarico II, hijo y sucesor de Eurico, la energía y la grandeza de su padre. Habíase ido formando contiguo á la Galia gótica otro nuevo reino de gente aún más bárbara y ruda que los visigodos, el de los francos, de que á la sazón era jefe Clodoveo (*Chlodwig*, guerrero famoso), que sobre ver con envidia el engrandecimiento de la monarquía goda, miraba á los godos como indignos de poseer el rico territorio de las Galias, que no debía hallarse en poder de los herejes arrianos,preciándose, como se preciaban los francos, de ser el único pueblo germano que profesaba el catolicismo, y conservaba en toda su pureza la fe ortodoxa. Ostentábase Clodoveo tan fogoso cristiano, que cuando se hablaba de la pasión de Jesucristo solía decir: *si yo hubiera estado allí con mis francos, yo hubiera sabido defenderle*. Contaba, pues, Clodoveo con la afeción de los obispos y clero católico de las mismas Galias, que no debían al arrianismo godo sino mal tratamiento y persecución.

Ya habían ocurrido algunos disturbios entre Clodoveo y Alarico, en los cuales había dado el godo más de una prueba de su debilidad. Deseoso luego de conjurar una guerra que veía amenazarle, quiso tener una entrevista con Clodoveo, que se verificó en una isleta del Loire, término de los dos estados, cerca de Amboise. Allí se abrazaron los dos príncipes, y en el regocijo de un festín no fué Clodoveo quien escaseó al rey godo las demostraciones de amistad. Pero tampoco era la lealtad la virtud de los francos. «Erales familiar, dice un historiador latino, quebrantar la fe con la risa en los labios (2).» Despidiéronse, no obstante, por en-

(1) Gregor. Turon, lib. I., cap. XXV.

(2) *Franci. duibus familiare est; ridendo fidem frangere.* Flav. Vopisc. in Procul.

tónces aparentemente amigos; y aprovechó Alarico aquel período de paz para dotar á su pueblo de nuevas leyes, haciendo recopilar las que de los códigos romanos, y especialmente del Teodosiano, pudieran ser aplicables á su nación. Formóse, pues, el código llamado *Breviario de Alarico*, y también de *Aniano*, del nombre del ministro que le refrendó, y aprobado por una asamblea de obispos y de próceres, fué mandado observar por los jueces y tribunales. En este cuerpo de legislación se ve ya la índole y tendencias de la raza goda á unirse con la romana, y que el rey godo no era ningún caudillo bárbaro.

Clodoveo entre tanto se aprestaba á hacerle la guerra, á pesar del abrazo de Amboise. «No puedo sufrir, decía á sus soldados, que los arrianos estén siendo dueños de la más bella porción de la Galia.» Tiempo hacía que Teodorico, rey de Italia, estaba interponiendo su mediación entre los dos príncipes, escribiendo alternativamente ya á uno, ya á otro, á fin de evitar un rompimiento: inútiles fueron sus buenos oficios: Clodoveo puso en marcha su ejército, y se dirigió con él hacia Poitiers. Fué preciso á Alarico aceptar el combate. Encontráronse godos y francos en Vouglé, á tres leguas de aquella ciudad. Pero los soldados de Alarico no eran ya aquellos godos ardientes y aguerridos que habían dado á Eurico tantos triunfos: la paz de algunos años los había enflaquecido, y Alarico no se distinguía por un gran valor, siendo más á propósito para legislador que para guerrero. La pelea fué sangrienta, y Alarico pereció en ella, derribado de su caballo por la lanza misma, dicen, de Clodoveo; un franco acabó de matarle (507). La muerte de su jefe desalentó á los godos, cuyos principales capitanes se retiraron á España. Las consecuencias de esta derrota fueron desmembrarse de la corona gótica aquella parte importantísima de su imperio que habían sabido sostener sus antecesores por espacio de noventa y cinco años. Pero aún les quedaba la faja de la Septimania (1), que enlazaba las pose-

(1) Vinole el nombre de *Septimania* de siete ciudades que Eurico había reunido bajo un gobierno en





siones de uno y otro lado de los Pirineos. Principia no obstante el reino visigodo á concentrarse en España, donde estaba su porvenir.

Habia dejado Alarico II dos hijos: uno legítimo, pero de edad sólo de cinco años, llamado Amalarico (Amal-rik), y otro bastardo de diez y nueve, llamado Gesalico. Temiendo los godos las consecuencias de una larga minoría, alzaron rey al hijo bastardo. Pero Teodorico, rey de Italia, tomó sobre sí la defensa de los derechos de su nieto Amalarico, que Alarico, su padre, había casado con una hija del rey ostrogodo. Un formidable ejército enviado por él á las órdenes de Ibbas, uno de sus generales más ilustres, derrotó primero á los borgoñones y á los francos que sitiaban á Narbona: marchó seguidamente sobre Barcelona, donde se hallaba Gesalico, rindió la ciudad, y arrojó de ella al príncipe bastardo, que tuvo necesidad de acogerse á Trasimundo, rey de los vándalos de África. Teodorico gobernó el reino de España durante la menor edad de Amalarico, encomendando su educación á Teudis, ostrogodo de nacimiento. Algun tiempo despues, habiendo facilitado el rey de los vándalos á Gesalico grandes sumas de dinero, pasó con ellas á las Galias, donde pudo reunir algunos parciales, con los cuales se dirigió en armas sobre Barcelona, llevado del ansia de recuperar la corona: pero el ejército de Teodorico le salió al encuentro, alcanzóle á cuatro leguas de aquella ciudad, y le deshizo completamente; él huyó á una de caballo á las Galias, pero alcanzado por una partida de caballería ostrogoda, halló la muerte en lugar de la corona que buscaba (511). Aseguróse con esto la sucesión de Amalarico, gobernando siempre Teodorico la España en su nombre. Este mismo año murió Clodoveo, el cual desde Alarico II había seguido paseando sus armas triunfantes por las posesiones godas de las Galias, tomando sucesivamente sus ciudades, inclusa la misma Tolosa, córte y asiento real de los godos, donde se apoderó de tesoros inmensos, quedando de este modo casi toda la Galia gótica sujeta á los

la Galia Meridional, *Euricus rex Victorium ducem super septem civitates praposuit.* Greg. Turon., lib. II.

francos, y reducida la monarquía de los godos á España. Así se iban marcando los límites que había de tener cada uno de los reinos que se habían de fundar sobre los despojos del viejo imperio romano. Muerto Clodoveo, dividióse su imperio entre sus cuatro hijos, Thierry, Clodoviro, Childeberto y Clotario.

Continuaba Teudis haciendo como de regente de España, á nombre del rey Amalarico, y de Teodorico, su abuelo y tutor. Teudis gobernaba con sabiduría, pero teniendo que acomodarse á las instrucciones de Teodorico, las rentas de España debían ser enviadas con regularidad todos los años á Italia con gran menoscabo de la riqueza y prosperidad del reino; y él había rehusado pasar á Italia á dar cuenta de su administración, alegando siempre diferentes causas y pretextos. Agregábase que Teudis se había casado con una rica española, la cual llevó al matrimonio un inmenso dote. Todo contribuyó á que Teodorico se recelara y cautelara de Teudis, el cual por su parte se rodeó de una guardia de dos mil hombres, levantados y mantenidos á su costa. Aumentábase con esto cada vez más los recelos y temores de Teodorico; por lo que apresurándose á hacer declarar mayor de edad á su nieto, despojó de sus cargos á Teudis, y volvió éste á entrar en la vida privada (524).

Murió á poco tiempo el ostrogodo Teodorico (526); dejando los estados de Italia á Atalarico su nieto. A fin de evitar todo conflicto entre los dos jóvenes reyes de las dos ramas godas, se acordó demarcar los límites de ambos reinos, quedando agregado al de Italia todo lo comprendido desde la orilla izquierda del Ródano hasta los Alpes, incluidas Arlés y Marsella; al de España todo el resto de la Galia gótica. Así se determinaron los lindes de ambas monarquías, quedando en completa independencia la una de la otra.

Hallándose ya Amalarico en edad y estado de gobernar por sí el reino, pidió por esposa á Clotilde, hija de Clodoveo, y hermana de los cuatro reyes francos. Parecía que este enlace entre las dos dinastías poderosas de Occidente, era el más á propósito para consolidar y hacer formidable uno y otro estado; sin embargo, no



fué sino una causa funesta de la ruina de Amalarico. El godo era arriano, Clotilde católica, y sólo fué otorgada por su hermano bajo la seguridad de que no la obligaría á dejar su religión. No lo cumplió así Amalarico; empeñábase en hacer arriana á Clotilde, resistiéndola con entereza, constancia y decisión. Amalarico empleó primero la persuasión, las caricias y los halagos: viendo que estos medios no alcanzaban, recurrió á la dureza y malos tratamientos; quejóse de ello Clotilde á sus hermanos, enviando á Childeberto un pañuelo teñido en sangre en prueba de los ultrajes que de su marido recibía (1). Tomó inmediatamente las armas Childeberto para vengar á su hermana, y á la cabeza de un ejército respetable se entró por los estados de Amalarico. Salió el godo á encontrarle con sus tropas: empeñóse el combate, y Amalarico fué derrotado, teniendo que refugiarse á la flota que estaba casi á la vista del campo de batalla. La codicia acabó de perderle: acordóse de que había dejado sus tesoros en Narbona, y volvió con el ansia y afán de recobrarlos. Los francos le sorprendieron, y en vez de los tesoros halló la muerte. Las alhajas quedaron en poder de Childeberto: contábanse entre ellas sesenta cálices y trece patenas de oro puro, las cuales distribuyó á las iglesias de Francia. Childeberto se dirigió á París con sus tropas victoriosas: Clotilde murió en el camino y fué enterrada en la iglesia de Santa Genoveva, que entónces se llamaba San Pedro y San Pablo, junto al sepulcro de su padre Clodoveo. Tanta era la influencia que tenían ya las diferencias religiosas en la suerte de los reinos (531).

Como Amalarico hubiese muerto sin sucesión, juntáronse los godos para la elección de rey, y fué aclamado por unanimidad el mismo Teudis, que tan sabiamente los había gobernado en la menor edad de Amalarico (532). Al año siguiente, los francos que acababan de destruir el reino de los borgoñones, quisieron expulsar á los visigodos de las posiciones que les quedaban en las Galias, pero fué infructuosa su tentativa.

(1) Greg. Turon., lib. III.

Los reyes francos, con motivo ó sin él, no dejaban de hostilizar á los godos de España en cuantas ocasiones podían. En 542 los dos hermanos Childeberto y Clotario, rey el primero en París y el segundo en Soissons, sin que se sepa la razón que á ello les moviera, pasaron los Pirineos al frente de un numeroso ejército, tomaron á Pamplona, Calahorra y algunas otras ciudades, y se dirigieron á poner sitio á Zaragoza, despues de haber devastado cuanto encontraban al paso. Ocurrió en el cerco de Zaragoza una de aquellas escenas que prueban el influjo que en aquella edad ejercía la religión. Los habitantes de Zaragoza carecían de todo socorro, y los francos apretaban el sitio. Los ciudadanos recurrieron entónces á la intercesión de San Vicente, uno de sus gloriosos mártires; y publicando un riguroso ayuno, vestidos los hombres con sacos y las mujeres de luto, sueltos los cabellos y cubiertas de ceniza las cabezas, salieron en procesión al rededor de la muralla, llevando la túnica del santo, cantando unos y llorando otros. Llamó la atención de Childeberto tan nuevo y singular espectáculo, y habiéndose informado de su significación y objeto por un labrador de la ciudad que fué cogido, el rey franco envió á decir á los sitiados que en reverencia de su santo mártir determinaba levantar al asedio, y que les estimaría alguna preciosa reliquia del santo para llevarla consigo. Dióle el clero agradecido la estola del mártir, con la que muy contento marchó el franco; en cuya memoria dicen erigió despues un templo en París á San Vicente mártir, que hoy es el de San German.

Mas cuando los francos, levantado el sitio de Zaragoza, regresaban á las Galias, contentos con su reliquia, y acaso más contentos con las riquezas y el botín que de Pamplona y de las demas ciudades habían recogido, hallaron un fuerte ejército godo, mandado por Teudiselo, posesionado de los desfiladeros y gargantas de los Pirineos. Childeberto, viendo de aquel modo cortada su retirada, negoció con el general godo el permiso de dejarle libre el paso mediante una gruesa suma de dinero. Dejose llevar el godo de la codicia, y concedióles una tregua de veinticuatro horas, durante las





cuales traspusieron las montañas los dos reyes francos con lo más escogido de su gente; mas como no tuviesen tiempo de pasar todas las tropas, cayó Teudiselo sobre las que quedaban y las pasó á cuchillo (1).

Justiniano, emperador de Oriente, habia acabado con el reino de los vándalos en África, por medio de la espada de Belisario, y apoderándose de Ceuta, que se supone habia pertenecido á los godos. Temiendo Teudis la proximidad de los imperiales bizantinos, y sospechando que tuvieran intenciones de destruir el reino de los godos como habian destruido el de los vándalos, envió un ejército á recobrar á Ceuta. Sitiábanla los godos y habian empezado á dar algunos asaltos, cuando llegó el primer domingo, día en que los godos no acostumbraban á pelear; dejaron, pues, las armas, creyendo que los sitiados harian lo mismo; pero los imperiales, aunque católicos, ménos escrupulosos en la guarda de las fiestas que los godos, cayeron de repente sobre éstos, y hallándolos desapercibidos, acuchilláronlos á todos, sin que se escapára uno sólo, añaden las crónicas, que pudiera llevar á España la triste nueva del desastre. Poco tiempo despues de esta derrota murió Teudis: atravesóle con la espada un loco, ó que al ménos fingia estarlo. Teudis al morir encargó que no se castigára al asesino (548).

Muerto Teudis, los grandes del reino nombraron sucesor suyo á Teudiselo, el mismo general que habia concedido la famosa tregua á Chilberto y Clotario (2).

Poco tiempo disfrutó el nuevo rey de las delicias del trono: el desenfreno con que se entregó á otros deleites le acarreó pronto la pérdida de la corona y de la vida. Su pasion

(1) Vit. S. Avit.—San Isid. Hist. Goth.

(2) San Gregorio de Tours nombra á este rey Theodogilo, Jornandes le llama Theodigis, otros Theodiselo, y otros Theodigisilo. Es difícil fijar la correspondencia que deben tener en español los nombres de los godos. Todos han sido adulterados al pasar á otros idiomas; y aunque se conserváran con su propia ortografía, faltarian en las lenguas modernas sonidos para expresarlos en su original y primitiva pronunciaci6n. De aquí la infinita variedad con que se escriben y pronuncian en los diferentes países, y aún en una misma naci6n en diversas épocas.

por las mujeres no tenía límites, ni reparaba en los medios de saciarla, ni respetaba las mujeres de los más principales del reino. Deseaban éstos ocasion de vengar su infamia, y proporcionósele un banquete á que el mismo rey los convidó en Sevilla; en lo más animado del festín los conjurados apagaron las luces, y á favor de las tinieblas cosieron al rey á puñaladas. Llevaba poco más de año y medio de reinado (549).

Los mismos conjurados eligieron sin formalidad y sin esperar el consentimiento de otros principales godos á Agila, de no ménos desarregladas costumbres que su antecesor. Por uno y otro motivo algunas ciudades se negaron á reconocerle; entre ellas Córdoba, ante cuyos muros, yendo á atacarla, perdió un hijo y quedaron derrotadas sus tropas. Aprovechóse de aquellas discordias Atanagildo, uno de los grandes, tan ambicioso como astuto, para granjearse un partido y aspirar á la corona. Á este fin parecióle muy conveniente aliarse con Justiniano, á quien halagó cediéndole todo el territorio de la costa de España comprendido entre Gibraltar y los confines de Valencia. Marcharon en seguida las fuerzas combinadas de Justiniano y Atanagildo contra Agila, vencieronle en batalla junto á Sevilla, y le forzaron á retirarse á Mérida, donde disgustados los suyos de las calamidades que por su causa sufría el país, y no ménos incomodados con su altivo genio y relajadas costumbres, diéronle la misma muerte que á su antecesor, proclamando en seguida á Atanagildo (*Athanagild*). De esta suerte quedó Atanagildo en posesion pacífica del reino de los godos, fijando ya definitivamente en Toledo la corte que ántes no se habia establecido aún en determinado pueblo de España (554).

Luégo que se vió tranquilo poseedor del trono, volvió sus armas contra los griegos bizantinos, resentido de que se hubieran apoderado de varias plazas fuertes que los constituía en vecindad demasiado peligrosa. Algunas recobró, pero aún subsistieron aquellos imperiales como apegados á las costas españolas, no sólo durante su reinado, sino aún muchos años despues; que es siempre más fácil la en-



trada que la salida de los extranjeros, que una vez son llamados á un país como auxiliares.

Parece no haber heredado Atanagildo el odio de sus antecesores á los francos de las Galias, ó haber éstos más bien olvidado el que sus mayores tenían á los godos; puesto que se vió á los dos nietos de Clodoveo, Sigiberto, rey de Metz, y Chilperico, que lo era de Soissons, pedir sucesivamente en matrimonio á Atanagildo sus hijas Brunequilda y Galsuinda. Brunequilda, la menor de las dos, notable por su extraordinaria belleza, y á quien el poeta latíno que cantó sus bodas comparaba á Vénus, se hizo católica en poder del rey franco. Con mucha repugnancia habia cedido Atanagildo al rey de Soissons su hija Galsuinda, y con ménos voluntad todavía condescendió en ello su madre; porque Chilperico no tenía reputacion de arreglado en su conducta, ni esperaban que diera ejemplo de fidelidad conyugal, virtud tan recomendable entre los godos. Léjos de eso, su palacio era una especie de lupanar, y á la cabeza de sus concubinas se hallaba la temible Fredegunda, cuyo nombre andaba en las bocas de todos. La hija de Atanagildo, á pesar de aquellos tristes presentimientos, salió de España acompañada de su madre, que no acertaba á separarse de ella, como si auguráralos desastres que le habrian de suceder. Celebráronse las bodas en Tours. «Fué recibida, dice el historiador obispo de aquella ciudad, en el lecho de Chilperico con honor y con demostraciones de amor, porque llevaba consigo grandes tesoros; pero bien pronto la pasion de Fredegunda ocasionó entre ellos violentos disturbios (1).» Disturbios fueron éstos á tal extremo llevados, que el bárbaro rey, por complacer á Fredegunda, hizo ahogar en el lecho á la infeliz Galsuinda por mano de un esclavo, casándose despues con la consejera del crimen, objeto de sus livianas pasiones. Jamas olvidó

(1) Gregor. Turon., lib. IV., cap. 28.

Brunequilda el cruel asesinato de su hermana, que tambien se habia hecho católica como ella, y queriendo vengar el bárbaro delito, suscitar6nse entre ella y Fredegunda luchas sangrientas, que produjeron nuevos atentados de parte de aquella mujer malvada, atentados y crímenes que tan funestamente célebres se hicieron en la historia de Francia.

Atanagildo murió en Toledo (567), despues de un reinado apacible de trece años. Dícese que ocultamente era tambien católico (1). La moderacion con que habia gobernado hizo su muerte muy sensible en toda España.

Tanto habian crecido las ambiciones desde que la corona gótica habia vuelto á hacerse electiva despues de la extincion de la familia de Teodored0, que trascurrió un interregno de cinco años (que muchos pretenden rebajar á solos cinco meses), ántes que los nobles pudieran ponerse de acuerdo para la eleccion de soberano. De inferir es la confusion y el desórden á que se vería entregado el pueblo en este largo período. Al fin los grandes de la Galia gótica elevaron á Liuva (*Leuv, leon*), que regia la Narbonense, hombre recto y de modestas miras, que desnudo de ambicion y conocedor de las dificultades de reinar, no queriendo por otra parte abandonar el suelo que le viera nacer para trasladarse al centro del imperio, persuadió á los nobles á que le diesen por compañero á su hermano Leovigildo (*Leovigild*), jóven ilustrado, enérgico y vigoroso. Hiciéronlo así los magnates, y contento Liuva con la pequeña porcion de la Galia gótica para sí, cedió la España entera á Leovigildo. Aquel modesto, prudente y desinteresado príncipe murió á poco tiempo en la Galia (572), de donde nunca quiso salir, y quedó todo el imperio gótico encomendado á la firme y robusta mano de Leovigildo, uno de los más ilustres príncipes que se sentaron en el trono de los godos.

(1) Gregor. Turon.